

El antitaurinismo de ayer y de hoy



Protesta antitaurina frente al ayuntamiento de Valencia por las corridas de toros de la Feria de Fallas 2017 | EFE

Tomás-Ramón Fernández Es miembro de la Comisión Jurídica de la Fundación Toro de Lidia

15/03/2017 20:01

Las corridas de toros han sido siempre un espectáculo polémico, que, para bien o para mal, ha provocado a lo largo de la Historia apasionados debates entre moralistas, teólogos, filósofos, literatos y, por supuesto, políticos. Antitaurinos ha habido siempre, pero hay algo que distingue al antitaurinismo de ayer del antitaurinismo de hoy y es la **diferente calidad intelectual y humana** de quienes levantaron siglos atrás esa bandera y de los que hoy la levantan.

El ayer al que me refiero ahora es el de finales del siglo XVIII y principios del XIX, época en la que se produjeron la prohibición de Carlos III, de la que la pragmática-sanción de 9 de Noviembre de 1785 exceptuó a los pueblos "en que hubiere concesión perpetua o temporal con destino público de sus productos, útil y piadoso", y la de Carlos IV, que la Real Cédula de 10 de Febrero de 1805 formuló en términos absolutos suprimiendo expresamente la excepción anterior. Ambas fueron obra del espíritu ilustrado que entonces representaba la modernidad de la época y era el denominador común de la élite gobernante, que "con todas las fuerzas de su espíritu y todo el impulso de su corazón, **quieren dar prosperidad y dicha, cultura y dignidad a su Patria**" (J. Sarrailh).

De su empeño renovador dan fe los valiosos testimonios que nos dejaron, la Memoria para el arreglo de la policía de espectáculos públicos y sobre su origen en España de G.M. Jovellanos y la Disertación sobre las corridas de toros de J. Vargas Ponce, Director que fue de la Real Academia de la Historia, documentos señeros que hoy miramos con respeto los aficionados a la Fiesta, **aunque no compartamos sus razones**. Porque lo que hay en ellos y lo que está detrás de las prohibiciones de Carlos III y Carlos IV son razones, discutibles o no, pero razones alentadas por un propósito noble, el progreso moral y material de un país que atravesaba en la época un período de postración y estancamiento, social, cultural y económico.

¡Ofertón día del padre! Suscríbete a El Mundo y llévate una Tablet GRATIS [¡LO QUIERO!](#)

causan un conocido perjuicio a la Agricultura por el estorbo que oponen al fomento de la ganadería vacuna y caballar y el atraso de la industria por el lastimoso **desperdicio de tiempo que ocasionan en días que deben ocupar los artesanos en sus labores**".

Nada noble es posible encontrar, en cambio, en el antitaurinismo de hoy. **Sus huestes están muy lejos de ser la vanguardia intelectual del país**. Su discurso ya no está hecho de razones, sino de odio y se expresa con insultos maliciosos, y amenazas, de los que ni siquiera se libran los muertos, de cuya desaparición por trágica que haya podido ser se burlan sin ese mínimo de piedad y de respeto que uno creía hasta ahora patrimonio común de todos los humanos. Su credibilidad, lógicamente, se reduce a cero porque esa actitud pone de manifiesto que su pretendido amor por los animales no tiene en absoluto un origen franciscano, sino que es un simple ariete, uno más, del que se sirven en su intento de **romper una sociedad de la que ambicionan apoderarse**, para lo cual necesitan debilitarla previamente. De ellos no quedará tampoco ningún documento digno de estimación, sólo esos

tuits deleznales que vomitan en el anonimato y que se perderán en la "nube".

Comentarios

Todavía no hay comentarios. Sé el primero en dar tu opinión...

[Comentar noticia](#)

Cultura

CINE • Estreno

La herida interior de la guerra civil



Núria Prims y Marcel Borràs en una escena de 'Incierta gloria', de Agustí Villaronga. | EL MUNDO

Agustí Villaronga vuelve al conflicto fratricida con una intensa, dura e irrefutable adaptación de 'Incierta gloria', de Joan Sales.

¡Ofertón día del padre! Suscríbete a El Mundo y llévate una Tablet GRATIS [¡LO QUIERO!](#)

LUIS MARTÍNEZ

16/03/2017 09:12

"¡Incierta gloria del corazón y de la guerra cuando tenemos 20 años y la guerra y el corazón son nuevos y están llenos de esperanza! [...] Y toda juventud no es más que la incierta gloria de una mañana de abril, la tenebrosa tempestad surcada por relámpagos de gloria, pero ¿qué gloria? ¿Qué gloria, Dios mío?". **Joan Sales escribe y Agustí Villaronga, más que leer, escucha.** *Incierta gloria*, el último trabajo del segundo es una adaptación libre de lo redactado por el primero. Y, en efecto, la película posee la virtud del eco. Uno retumba en el otro. Libro y película. Escritor y cineasta. De nuevo, como ya hiciera en *Pa negre*, el director regresa a un escenario de sombras y otra vez lo que importa no es tanto el ruido de la batalla como todo lo que suena por dentro. Grave. Profundo. Doloroso. Incierto. "No me atrevo a decir", comienza Villaronga, **"que se trate de la novela definitiva de la Guerra Civil.** Eso dicen. Mi posición, más humilde, se encuentra más cerca de la de un lector atento y completamente hipnotizado. Tengo la impresión, además, que el texto ha ido creciendo con el tiempo. Pese a lo meticuloso que es en la descripción de cada detalle, de cada herida, de cada batalla, en realidad habla de otra cosa, de algo mucho más hondo". Y ahí lo deja.

En efecto, *Incierta gloria* cuenta la historia de cuatro personajes (alguno se ha perdido en la traducción a la pantalla) atrapados en el laberinto de sus vidas. Dónde si no. **Todo discurre en la retaguardia.** Allí donde el conflicto, de nuevo, es eco. Está siempre presente, pero sin estar del todo. Las heridas son las mismas. Quizá no tan vistosas, tan de sangre, pero igual de dolorosas. Si no más. Uno, Soleràs (interpretado con equilibrado histerismo por Oriol Pla), es un idealista, lúcido y sensible. "Las personas como él están abocadas al suicidio o a una vida errática", dice el director. Otra es la guerra misma. La Carlana (magistral Núria Prims) sólo vive preocupada por lo inmediato: la tierra, la casa y los hijos. "Y alrededor de ello teje la tela de araña en la que caerán todos". Luego están Lluís (Marcel Borràs) y la pobre Trini (Bruna Cusí). Estamos en 1937, en el frente de Aragón. Todos pelean por sobrevivir. Y todos comparten el accidente, en este caso fatal, de ser jóvenes.